

rable la constancia que manifestaron, principalmente los que fueron condenados al fuego. Los jueces habian ordenado que los condenados fuesen muy ligeramente atados á sus palos, á fin de que, quemadas las ataduras, pudiesen quedar sueltos y huir y ser declarados apóstatas; mas los santos confesores permanecieron firmes en sus puestos hasta la muerte. Hubo uno que huyó del fuego, y viendo que su consorte moria constante, volvió á buscar su patíbulo en donde esperó heroicamente el fin de su martirio. Otros dos jóvenes huyeron del incendio y se presentaron á los jueces, gritando Xaca y Amida; pero ¡cuanto desagrada la inconstancia hasta á los malvados! Los idólatras sintieron por ellos tal desprecio, que los echaron de nuevo á la hoguera, y los miserables, desde el fuego temporal, se hundieron para siempre en el eterno.

26. Tres damas de Umara manifestaron maravillosa fortaleza en su martirio. Habiendo visitado uno de los magistrados á Justa, que era una de aquellas, cuyo hijo habia sido privado de todos sus bienes y últimamente de la vida por haberse mantenido firme en la fé, le dijo que la pondria en posesion de los bienes de su hijo si abandonaba la fé. Tenia Justa una hija de unos catorce años llamada María, y el juez dijo tambien á esta, que la adoptaria por hija suya si adoraba los dioses del imperio, á lo cual contestó la doncella: — ¡Adorar yo á los falsos dioses! Yo adoro á un solo Dios, criador del cielo y de la tierra. Por él ha muerto mi hermano y por él quiero yo morir. — El juez en seguida se dirigió á la viuda del muerto, llamada Agata, de edad de diez y siete años que se hallaba próxima al parto, y le dijo, para pervertirla, que Justa su suegra habia abandonado

la fé, en lo que debia imitarla, prometiéndole que tomara á su cuidado la criatura que iba á dar á luz. Agata le contestó que mejor quisiera que su hijo muriese en sus entrañas que verlo en manos de un idólatra, asesino de su padre, y que en cuanto á ella esperaba la muerte con valor, con la cual conseguiria ver á su esposo en el cielo. Informados los gobernadores de la inalterable firmeza de ánimo de las tres damas, por instigacion del malvado juez, las condenaron á morir en la noche del dia siguiente. Así que les intimaron la sentencia, se arrodillaron dando gracias á Jesucristo por la eleccion que se dignaba hacer de ellas, y se dispusieron con alegría á marchar al suplicio, á donde caminaron cuando llegó la hora, acompañadas de mas de trescientos cristianos. Llegadas al lugar se pusieron de rodillas, colocándose Agata en medio de las otras dos con su suegra Justa á la derecha, y con su cuñada María á la izquierda, y despues de haber encomendado sus almas á Dios, presentaron sus cabezas al verdugo, con cuyo golpe recibieron la gloriosa palma del martirio.

27. Otro mártir, llamado Pablo, alcanzó la corona en su vejez, con una nueva especie de suplicio. Era de ochenta años de edad, la mayor parte de los cuales habia empleado en obras de caridad con los prójimos y especialmente en socorrer á los fieles enfermos y encarcelados. Cierta dia fué citado á comparecer ante los jueces, y se presentó con alegre semblante, contento interiormente de consagrar á Dios una vida de que muy pronto debia quedar privado. El gobernador encontrándolo firme en la fé, lo mandó conducir á un templo de bonzos, quienes apuraron toda su ciencia para hacerle prevaricar, mientras él les demostraba cuan falsa era la

religion que ellos profesaban y cuan patentes las verdades de la nuestra, por lo cual se echó mano de los tormentos. Desde luego fué conducido á la playa, y se le amenazó con que seria echado al mar si no renunciaba á la fé, metiéndole de contado los pies en un saco y la cabeza en otro, de cuyo modo lo tuvieron en el fondo de la barca, esperando su contestacion: Pablo les respondió que los hombres de su edad nada tenian que esperar ni que temer en la tierra, y que su mayor pena consistia en no haber amado mucho mas á Dios durante su vida, despues de tantas gracias como le habia concedido. Irritados los bárbaros por aquellas palabras, estendieron al buen viejo en el suelo, y le pisotearon el vientre, y despues de haberlo maltratado inhumanamente de aquel modo, le ataron una gran piedra en el cuello y lo arrojaron al mar. Con pasmo de todos mantúvose el santo sobre las aguas por espacio de una hora, despues de cuyo tiempo espiró tranquilamente.

Por aquellos mismos dias fueron martirizados nueve cristianos, entre los cuales hubo un muchacho que, atormentado por espacio de siete dias para que descubriese el lugar en donde se habian escondido algunos religiosos, no daba mas contestacion el tierno y santo mártir, que invocar los sagrados nombres de Jesus y de María. Los verdugos enfurecidos le abrieron las espaldas con garfios y derramaron plomo derretido en las heridas, y él constante en su silencio y en su fé, continuaba pronunciando aquellos santos nombres y diciendo: — Mi deseo es ir á los cielos á gozar de la vista de Dios para siempre. — Finalmente, desesperando los jueces de poderle pervertir por medio alguno, le condenaron á morir quemado con toda su familia.

28. En 1625 fueron martirizados otros veinte y cuatro cristianos en la ciudad de Jedo, entre los cuales habia una señora llamada María, que habia sido condenada por haber hospedado á un padre misionero. El gobernador no habiendo podido conseguir pervertirla, despues de haber empleado todos los medios imaginables, la condenó al fuego con otras cinco damas. El dia de la ejecucion, fué atada María sobre un caballo para ir al lugar del suplicio. Iba la buena señora con alegre semblante y le seguian sus compañeras de martirio; pero el espectáculo que arrancaba las lágrimas de todo el mundo era el contemplar á diez y ocho niños, que tambien eran conducidos á la muerte. Era tal su inocencia que iban todos riendo, y causa horror leer la inhumanidad que usaron con ellos: á unos les cortaron la cabeza, á otros les abrieron el vientre hasta lo alto del pecho: á otros los dividieron por medio, y á muchos los hicieron pedazos, empezando por los pies. Mientras duró esta atroz carnicería, mantuviéronse las cinco damas en oracion, hasta que últimamente fué puesto fuego al combustible preparado, y las santas heroínas murieron constantes al rigor del fuego lento.

29. En el año 1624 el rey de Bigen que no era enemigo de los cristianos, solo por lisonjear á Xogun, que era el emperador, tuvo que dar un decreto de destierro contra todos aquellos. En la ciudad de Faroxima vivia un caballero llamado Francisco Jojema, de edad de veinte y cuatro años. Hallábase en el campo y supo que sus criados habian dicho á los jueces que en aquella casa no habitaba cristiano alguno. Al momento tomó la pluma y escribió al gobernador una manifestacion de como él era cristiano, y de que lo seria hasta la muer-

te. Habiéndose dado cuenta al rey de aquel suceso, el príncipe se afligió en extremo, pues sentía verse en la precision de tener que perder á un caballero de tanta importancia, por lo cual procuró que los parientes y amigos de don Francisco promediasen para conseguir convencerle á que abandonase la fé. Trabajaron todos en conseguirlo, pero no pudieron adelantar cosa alguna, á pesar de las grandes promesas que se le hicieron, hasta de parte del mismo emperador. El Tono le hizo escribir por los primeros personajes del imperio, mas D. Francisco desdeño todas las sugerestiones; y advirtiéndole el mensajero de uno de aquellos escritos, á cuya presencia lo habia arrojado á las llamas, que se ofenderia su amo de aquel proceder, le contestó diciéndole. — Amigo, vuestro oficio no es de consejero; habeis venido para entregarme la carta, y no á darme consejos. Cumplisteis ya con vuestro encargo, no os queda pues otra cosa que hacer sino volveros. — A poco tiempo fueron á visitarle cuatro caballeros enviados por el Tono para ver si conseguian reducirle á profesar la religion del emperador. D. Francisco les contestó, que queria seguir hasta la muerte la religion de Jesucristo, que era el rey de cielos y tierra. El Tono al recibir esta contestacion envió tres ministros de justicia para que le diesen muerte si no queria ceder. Entran los enviados en su casa, y le manifiestan el sentimiento que tenia el príncipe en verse obligado á tenerle que tratar con el rigor de la ley; pero D. Francisco persistiendo en su resolucion, les responde: — El Tono es mi príncipe, y puede mandarme, que le obedeceré ciegamente en todo lo que no sea contrario á la ley de Dios; pero es demasiado injusto en querer que desobedezca al Rey de los

reyes, cuando este me prohíbe adorar á otro Dios, mas que á él solo. — Los enviados le hicieron presente que si no obedecia, debia resolverse á morir, y D. Francisco sin inmutarse les dijo: — Estoy ya resuelto y preparado á morir, y os aseguro que no podiais traerme nueva mas agradable que esta. — Todavía quisieron los enviados tener alguna consideracion con él y le replicaron: — Pues si estais cansado de vivir, morid á lo menos como hombre de honor, abriéndos el vientre como hacen las personas de vuestra clase. — Pero D. Francisco les contestó: — No lo permite la ley de Dios, sin lo cual no vacilaria en hacerlo; pero esta me prohíbe el que yo mismo me prive de la vida. Vosotros teneis brazos y espadas: ya pues podeis matarme cuando gustéis. Tendré por padre al que me dará la muerte, puesto que con ella me dará otra vida mejor que aquella que me habrá quitado. — Dicho lo cual, les pidió permiso para ir á despedirse de su madre, y habiéndose encaminado á su estancia le dijo: — Señora, ha llegado el momento tan deseado y tan rogado á mi Dios y Señor. Voy á morir: perdonadme los disgustos que pueda haberos dado, y concededme vuestra bendicion. — Y poniéndose de rodillas para recibirla, su madre lo abrazó tiernamente y le contestó: — Querido hijo mio, Dios te bendiga y te haga la gracia de que mueras santamente. Me aflige sobre manera tener que perderte, pero me consuela el pensar que vas á morir por Jesucristo. Sea siempre bendito por la gracia que te concede. — Desde allí pasa D. Francisco á despedirse de su esposa, y vuelve en seguida á la sala en que le esperaban los enviados, los saluda, se arrodilla á sus pies, y despues de haber hecho una breve oracion les presenta

la cabeza, la cual derriba de un golpe uno de aquellos.

30. Mientras los oficiales del Tono empleaban toda clase de sugestiones é intrigas para pervertir á D. Francisco, y antes que lo pusiesen preso, llegó á noticia de este que cierto individuo llamado Matias, habia sido encarcelado por cristiano. Cual no seria el celo y constancia de aquel heróico cristiano, que así que lo supo exclamó como enagenado: — ¡Cuan dichoso es Matias! ¡cuanto envidia su estado! — Y siguiendo en su entusiasmo, le escribió una carta dándole el parabien por tal felicidad.

Este Matias sin embargo no murió sino algun tiempo despues de D. Francisco, y es digna de recuerdo su lastimosa historia. Era dependiente de un señor territorial de Firoxima, que habia buscado todos los medios de pervertirlo, sin perdonar diligencia ni fatiga, y no habiéndole podido vencer, lo habia mandado atar por los brazos, manos y cuello á un leño. Es muy crudo este tormento del modo que se dá en el Japon, porque las cuerdas aprietan de tal modo, que entran en la carne, y no pocas veces rompen los huesos. Permaneció Matias atado de este modo por espacio de un día y una noche, y en lugar de enternecer á su señor tanto sufrimiento, no hizo mas que irritarlo á mas alto punto con su constancia, por lo que le hizo poner un enorme madero sobre el cuello, cuyo tormento sufrió Matias durante otros cuatro dias. En este tiempo mandábale su señor varias personas para traerlo á su intento; mas permaneciendo Matias cada vez mas constante, lo acusó al Tono, el cual dió orden para que se le hiciese morir en cruz. Recibió Matias con suma alegría la intimacion de tal sentencia, que le proporcionaba la gloria de morir co-

mo murió nuestro Salvador; así pues, cuando vió su deseada cruz, la adoró puesto de rodillas, y á semejanza del apóstol S. Andres, exclamó: — ¡O cruz santa! santificada con la muerte de mi Señor Jesucristo: te adoro con toda mi alma. — En seguida dijo el *confiteor*, y despues de haber orado por un breve instante, levantando los ojos al cielo continuó: — Sea para siempre alabado nuestro Señor Jesucristo, que se ha dignado llamar á sí á un pecador tan grande como yo, por medio de tan gloriosa muerte como la de la cruz. — Pronunció estas palabras con tanta alegría, que observándolo admirados los idólatras, dijeron: — Y si este hombre no se salva, quien se salvará? — Puesto en la cruz, fué á poco atravesado con la lanza, y espiró á los treinta y siete años de edad, el 17 de febrero de 1624.

Tres dias antes habia sido condenado á muerte otro caballero cristiano llamado Juan, despues de diez y ocho meses de encierro. Encargó al que le intimó la sentencia de muerte que diese rendidas gracias al Tono porque lo condenaba á morir por la fé. Habiendo llegado al lugar del suplicio, dijo en alta voz á los espectadores, que no moria por otro delito que por ser cristiano. Su muerte fué bárbara y atroz, pues, habiéndolo desnudado, lo estendieron en el suelo y lo dividieron en dos partes.

31. Despues que fué ajusticiado en 1622 el mártir Damian, fueron confiscados todos sus bienes, y se pusieron presas en su casa á su madre Isabel, y á su esposa Beatriz con sus hijos. Estaban constantemente vigiladas por centinelas, y apremiadas sin descanso á que abandonasen la religion cristiana, y contestaban siempre, que querian morir por Jesucristo. Finalmente, al cabo

de dos años de encierro, el Tono los condenó á todos á muerte, á escepcion de la madre, la cual prorrumpió en tantas lágrimas y lamentos, que el Tono ordenó al fin que se la hiciese morir con los demas. Salieron para el suplicio todos, menos un niño de diez y siete años, hijo de Beatriz, que habia sido ocultado por un idólatra con ánimo de salvarlo; pero Pablo, que así se llamaba el niño, hizo tanto estrépito con sus lloros, que consiguió tambien ser llevado con su familia. Embarcóseles para el lugar del suplicio, y en el tránsito se encontraron con otra madre que era tambien conducida con sus hijos á la muerte. Saludáronse mutuamente, y juntos se pusieron á cantar las divinas alabanzas. La primera martirizada fué Beatriz, á la que siguió su hijo mayor Pablo. Llevaba el niño una corbata de las que usan solamente las personas que pertenecen á la nobleza, y el verdugo le dijo, que era menester quitársela. Pablo se levanta con serenidad, se la quita y en seguida vuelve á ponerse de rodillas, y recibe el fatal golpe invocando á Jesus y á María. Viendo su hermanito Juan, que apenas tenia nueve años, que el cadáver de su hermanito humea todavía á su lado, se arrodilla intrépido y presenta el cuello, cayendo derribada de un golpe su inocente cabeza. Quedaban dos niñas: Magdalena de trece años é Isabela de siete. Los verdugos cogen á la menor y la echan sobre el ensangrentado cadáver de su madre, y la matan despues con tres golpes de cimitarra, concluyendo en seguida con Magdalena á quien dan igual muerte. Finalmente llega la vez á la anciana madre, que acababa de presenciar la cruel carnicería, ejecutada con toda su familia, habiendo podido conseguir de los verdugos la hiciesen morir la última, para llevar el con-

suelo de ver pasar santamente de la tierra al cielo á todos sus hijos, verificado lo cual, recibe tambien el golpe que la reunió por una eternidad en los cielos con tan caras prendas, admirable testimonio de la constancia y del valor con que se distinguen siempre los verdaderos cristianos.

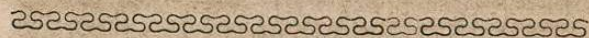
32. María, esposa de Juan Sucamoto, muerto por la fé, habia tenido su casa por arresto en donde permanecia con sus cuatro hijos. Llegó por fin la sentencia que los condenaba á morir á todos en la misma isla en que habian sido ajusticiados los anteriores. María y su hijo mayor, que tenia diez años, fueron los que primero murieron. Los tres hijos restantes habian quedado en la embarcacion. Los verdugos los sacaron en seguida y metieron á cada uno en un saco que les ataron al cuello, pero los niños pidieron que los atasen en uno solo para que pudiesen morir juntos, á lo cual condescendieron aquellos, y atándolos con gruesas piedras los arrojaron al mar.

33. En un puerto de Firando habia un celoso cristiano, llamado Miguel, conocido por su fervor en la fé, por cuya causa fué condenado á morir con toda su familia. Sus hijos habian sido educados con particular esmero. Dos idólatras se fatigaron en vano por espacio de dos dias para pervertir á su hijo varon, que solo tenia trece años, pero él siempre les respondia que queria morir cristiano. Ursula su esposa, tenia siempre junto á sí á sus dos hijas, una de las cuales era muy discreta y bella: algunos de aquellos paganos le rogaron les entregara la hija, prometiéndole prodigarle los mayores cuidados y proveer á su ventajosa colocacion; pero Ursula, horrorizada, les contestó: que por todas las

riquezas del mundo, no consentiría jamás en que ninguno de sus hijos viniese á parar en manos de paganos. Habiendo llegado el día de su martirio, Miguel tomó por el brazo á su hija mayor, llamada Clara, y en la otra mano llevaba una luz como símbolo de su fé. Ursula tomó del mismo modo á su hija menor, llamada Magdalena, llevando igualmente otra luz : Juan iba delante con otra vela encendida. Así que llegaron al lugar del suplicio, Ursula pidió que le permitieran ser la última que muriese, diciendo : — Quiero ver salvada á toda mi familia antes de morir. — Y así fué como consumaron todos su glorioso sacrificio.

34. El primer decapitado fué Miguel, que tenia treinta y siete años. El verdugo le hizo caer la cabeza de un solo golpe, mas no habiendo hecho mas que una pequeña herida á su hija Clara, que solo tenia siete años, tuvo que redoblar los golpes para acabarla. En seguida se levantó Juan, y rogó á su madre que la acomodase los cabellos que tenia demasiado largos, para que el verdugo pudiese sin estorbo cortarle la cabeza. La buena madre lo besó tiernamente, le hizo un nudo de los cabellos sobre la cabeza, y el muchacho se volvió á donde lo aguardaba el verdugo ; pero deteniéndose y mirándolo con atencion le dijo con singular intrepidez, reparando que era jóven : — Me parece que tienes miedo de herir, y que nunca has cortado cabeza alguna. Mira lo que haces y veamos como cumplas con tu deber. — Dicho lo cual se arrodilló, cruzó sus manos, y llamando en su auxilio á Jesus y á María, recibió con heroica fortaleza el golpe que puso fin á su vida. Finalmente habiendo presenciado Ursula la muerte de todos los suyos, dijo, bañada de lágrimas y estrechando en sus brazos á la niña de

pechos que le quedaba : — Bendito seas, ó Dios y Señor mio, por haberme juzgado digna de este sacrificio. Hacedme ahora la gracia de que tenga yo tambien parte en la corona que han alcanzado mi esposo y mis tiernos hijos. No me queda mas que esta inocente criatura : os la ofrezco, Señor, dignaos recibirla conmigo que me consagro toda á vos. — Y volviendo á estrechar en su corazon á la tierna niña, recibió el golpe que acabó con la vida de entrambas.



CAPITULO TERCERO.

CONTENIDO.

1. Glorioso martirio de cinco religiosos quemados vivos. — 2. Muerte de Leon, uno de los embajadores mandados al papa, y de tres hijos suyos. —
3. Martirio de dos heroicos cristianos Cayo y Jacobo, con la conversion del primero. — 4. Muerte en el fuego de Organtino y Lucia su esposa. — 5. Constancia de Mónica. — 6. Muchos caballeros martirizados en el fuego. —
7. Martirio de Susana y de su esposo. — 8. Fortaleza de Mónica que tomó en sus manos unos carbones encendidos. Conversion de su esposo, que habia prevaricado. Combate de Juan y Pablo por la muerte. — 9. Muerte de Juan y Mónica con otros cristianos quemados. — 10. Se inventan nuevos tormentos. Dos pages de Rucondono son atormentados. — 11. Tormento de ochenta cristianos con otros estragos contra los cristianos. — 12. Dos caballeros puestos sobre losas candentes. — 13. Los mártires superan todo el rigor de los tormentos con su fé. — 14. Un cristiano atormentado con sus hijas. — 15. Fortaleza de un niño llamado Pedro y de un viejo de setenta y dos años. — 16. Martirio de Pablo y de tres hijos suyos. — 17. Tormento y muerte que sufren algunos cristianos en el monte Ugen. — 18. Martirio de una heroína llamada Magdalena. Prevaricacion y nueva conversion de otra del mismo nombre. — 19. Pablo, Joaquin y Juan martirizados con agua hirviente en el monte Ugen, con otros cristianos. — 20. Tormento y muerte de Leonardo, esposo de Magdalena ya mencionada. — 21. Marido